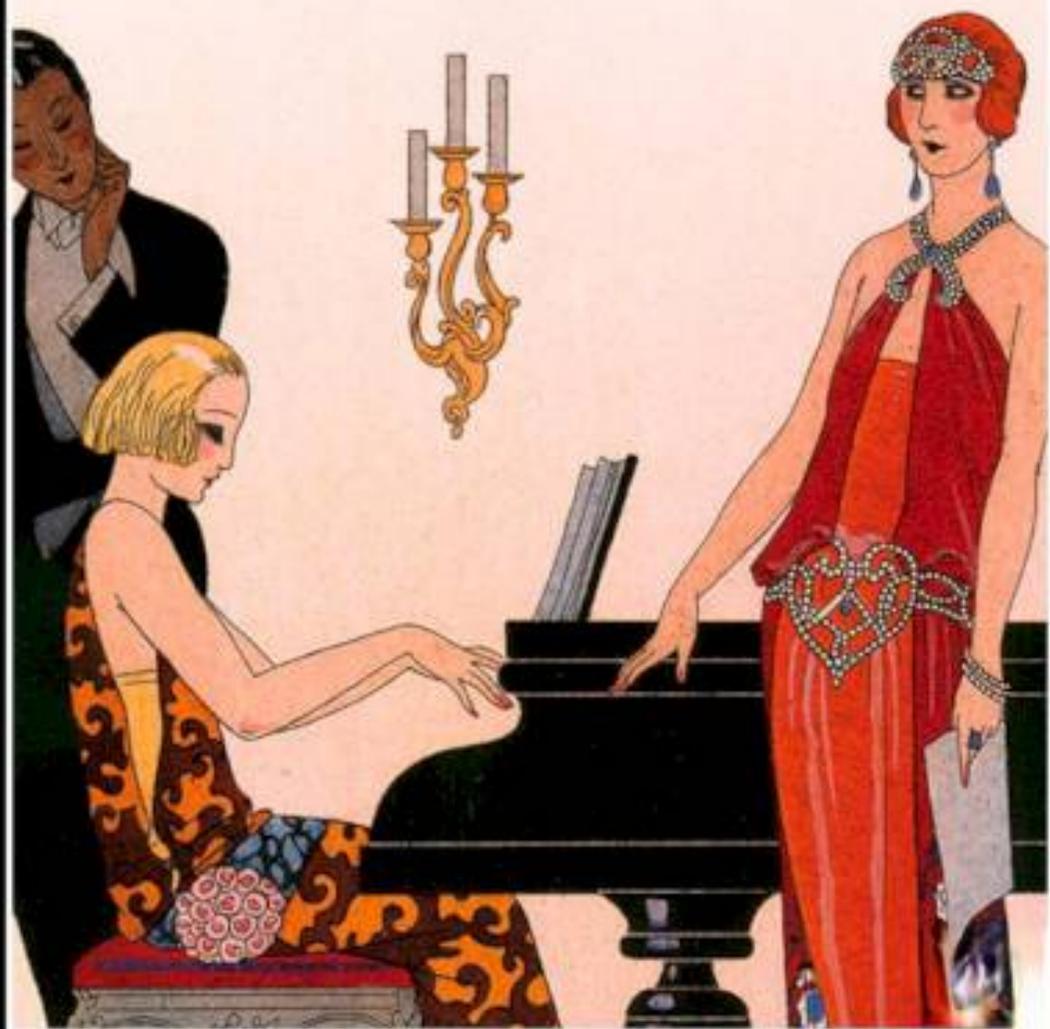


E. F. Benson

# Reina Lucía

Traducción de José C. Vales



Adorada por legiones de fans, inspiradora de una famosa serie de la BBC, *Reina Lucía* es la primera de la mítica serie de novelas de *Mapp* y *Lucía*, deliciosas sátiras sobre la pretenchiosa y relamida burguesía rural británica. *Reina Lucía* nos presenta a la inimitable Emmeline Lucas (Lucía para los amigos), árbitro social y reina del pintoresco villorrio de Risholme, que ve su trono peligrar con la aparición de Olga Bracely, una cantante de ópera sin escrúpulos. Para hacerle frente, contará con el apoyo de su fiel amigo, Georgie Pillson, un zangolotino de la mejor calaña, aficionado al cotilleo salvaje, al petit point y a las conversaciones en italiano macarrónico; o con su molesta vecina, Daisy Quantock, que revoluciona al pueblo entero cuando adquiere un «gurú» nativo de la India aficionado a las bebidas espirituosas de alta graduación, que introduce en la comarca la fiebre por el Yoga.

*«Los personajes de E. F. Benson son fresquísimos y reales, y, por tanto, atemporales»..*

Nancy Mitford

*«Pagaríamos todo lo que nos pidieran por los libros de Lucía».*

Noël Coward, Nancy Mitford y W. H. Auden

## 1

A pesar de que aquella mañana de julio hacía un sol abrasador, la señora Lucas prefirió recorrer a pie la media milla que había entre la estación y su casa, enviando a la doncella y el equipaje en la calesa que su marido había mandado para recogerla. Después de cuatro horas metida en el tren, pensó que un breve paseo resultaría muy agradable; pero existía otro motivo, inconscientemente alimentado, que la impelía a semejante ejercicio, aunque procuró apartarlo de su pensamiento. Por supuesto, todos sus amigos en Riseholme sabían que su regreso se produciría ese día preciso a las 12:26, y a esa hora las calles del pueblo a buen seguro estarían llenas de gente. Así, todos verían cómo la calesa con el equipaje se detendría a la puerta de The Hurst, y nadie, salvo la doncella, bajaría de ella.

Aquello les resultaría ciertamente intrigante: provocaría una de esas pequeñas conmociones de placentera excitación y suposiciones que diariamente proporcionaban a Riseholme su sustento emocional. Todos se preguntarían qué le habría ocurrido, si se habría puesto enferma en el ultimísimo momento antes de abandonar Londres y, con su bien conocida fortale-

za y consideración para con los sentimientos ajenos, habría enviado a la criada a fin de convencer a su marido de que no tenía motivos para preocuparse. Evidentemente, tal sería la suposición de la señora Quantock, dado que la mente de la señora Quantock, entregada como estaba al estudio del Cristianismo Científico y a la negación sistemática del dolor, la enfermedad y la muerte por lo que a ella concernía, siempre estaba dispuesta a proporcionar las más sombrías perspectivas en lo que concernía a sus conocidos, y así, con la más ligera excusa, tendía a conjeturar que sus amigos —pobrecitas criaturitas ignorantes— sufrían enfermedades ficticias<sup>[1]</sup>. En fin, dado que la calesa ya habría llegado a The Hurst, y que Daisy Quantock ya la habría visto llegar o bien habría sido informada de ello, todas las evidencias favorecerían naturalmente que esta dama hubiera comenzado ya su tratamiento médico a distancia. Muy probablemente Georgie Pillson también habría presenciado la anticlimática llegada de la calesa, pero él habría aventurado una explicación mucho más probable —aunque equivocada— a la ausencia de la señora Lucas. Seguramente supondría que, en Londres, la señora Lucas habría enviado a la doncella con el equipaje a la estación a fin de reservar asiento, mientras que ella, ajena al paso del tiempo, emplearía su última media hora en la ciudad admirando las piezas maestras del arte italiano en la National Gallery, o los bronceos griegos en el British Museum. A buen seguro no se habría dignado visitar la Royal Academy, puesto que la escena cultural de Riseholme, liderada por la propia señora Lucas, despreciaba y no concedía ningún valor a to-

dos los esfuerzos artísticos posteriores a la muerte de sir Joshua Reynolds, y a una buena parte de todo lo anterior también... Y en cuanto a su marido, con su fino olfato para lo obvio, sería enojosamente capaz de concluir, incluso antes de que la doncella confirmara su suposición, que la señora Lucas simplemente había decidido hacer el camino a pie desde la estación.

La razón, por tanto, que la había impelido a mandar al carruaje por delante, aunque surgió de un modo subconsciente, no tardó en penetrar en su conciencia, y todas aquellas conclusiones a las que otras gentes podrían llegar cuando vieran que la calesa se presentaba sin ella dentro, brotaron de los teatrales instintos que conformaban en buena parte su mentalidad y que, como por derecho divino, siempre le permitían ostentar el protagonismo en los histriónicos entretenimientos con que se solazaban los miembros de la élite cultural de Riseholme —o, más bien, en los que se afanaban tenazmente— en los escasos momentos en que podían liberarse de sus estudios de arte y literatura, así como de sus compromisos sociales. En realidad, la señora Lucas no solía preocuparse por acaparar el protagonismo, pero, si era posible, asumía una doble competencia, tal como actuar a un tiempo como directora de escena y adaptadora, cuando no de diseñadora y escenógrafa. Cualquier cosa que hiciera (y realmente hacía muchísimas cosas) la hacía con toda la potencia de sus dramáticas percepciones: la hacía, de hecho, con tanta vehemencia que no tenía siquiera tiempo de prestar atención a lo que ocurría en la galería; simplemente se contemplaba a sí misma y su propia tenacidad. Cuando tocaba el

piano, cosa que hacía con harta frecuencia, reservando una hora para ensayar todos los días, no prestaba ninguna atención a lo que cualquiera que pasara por el camino que bordeaba su casa pudiera llegar a pensar a propósito de los arpeggios que se derramaban por la ventana abierta: era simplemente Emmeline Lucas, absorta en el glorioso Bach, o en el delicado Scarlatti o en Beethoven el noble. Este último, quizá, era su compositor favorito, y eran muchas las tardes en que, con las luces amortiguadas y con el solo resplandor de la luna filtrándose a través de las ventanas con las cortinas abiertas, Emmeline se sentaba de perfil, como si fuera un camafeo (o más exactamente el busto que aparece en los sellos), recortada contra las paredes de roble oscuro de su salón de música, y se extasiaba y de paso extasiaba a su auditorio, si es que había venido gente a cenar, con el exquisito patetismo del primer movimiento de la sonata Claro de luna. Aunque veneraba fervientemente al Maestro, cuyo retrato colgaba sobre su piano Steinway Grand, jamás pudo persuadirse de que los dos movimientos subsiguientes poseyeran el asombroso nivel del primero. Y, además, lo cierto es que «iban» mucho más rápido. Pero cuando bajó del tren aquel día, y mientras planificaba sus nuevos quehaceres en casa, Emmeline pensó seriamente en intentar dominar aquellos dos movimientos hasta el punto de poder interpretar aquellas intrincadas notas con una tolerable precisión. Hasta que ese momento llegara, seguiría deteniéndose prudentemente al final del primer movimiento, en aquellas veladas a la luz de la luna, y afirmando que los otros dos que seguían eran más apropiados para la

mañana y la tarde. Entonces, con un suspiro, cerraría suavemente la tapa del teclado del piano y, enjugando quizá una pequeña y auténtica lágrima en sus ojos, accionaría el interruptor de la luz y, cogiendo un libro de la mesa, en el que un abrecartas señalaría la abismal profundidad de sus conocimientos, declararía: «Georgie, tienes que prometerme, de verdad, que leerás esta biografía de Antonio Caporelli en cuanto yo la acabe. Hasta este preciso instante no había comprendido en toda su amplitud cómo se había producido el auge de la escuela veneciana. Una puede oler el salitre de las mareas avanzando en la marisma y contemplar el campanario del precioso Torcello».

Entonces, Georgie apartaría el bastidor de bordados en el que estaba plasmando un dibujo extraído a partir de una figura de un vaso italiano y emitiría un suspiro.

«¡Eres absolutamente maravillosa...!», exclamaría Georgie. «¿Cómo eres capaz de encontrar tiempo para todo?».

Emmeline contestaría con una sentencia que al día siguiente todo el mundo repetiría en las calles y las plazas de Riseholme: «Querido, sólo la gente laboriosa tiene tiempo para todo».

Podría pensarse que incluso actividades tales como las que aquí se han señalado serían suficientes para mantener a cualquiera tan atareado que Emmeline con seguridad no tendría tiempo para nada más, pero tal estaba lejos de ser el caso de la señora Lucas. Del mismo modo que el pintor Rubens se distraía ejer-

ciendo el cargo de embajador en la corte de St. James (una carrera que la mayoría de hombres laboriosos habría considerado suficiente en sí misma), así la señora Lucas se entretenía —en los intervalos que le permitía su dedicación al arte por el arte— no sólo siendo la embajadora de Riseholme, sino su auténtica reina. De acuerdo con el burdo materialismo cartográfico, Riseholme podría tal vez incluirse en el reino de Gran Bretaña, pero, en un sentido más real y preciso, lo cierto es que formaba un reino íntegro en sí mismo, y su reina era indudablemente la señora Lucas, que lo gobernaba con una autocracia firme, satisfecha al contemplar cómo mientras tanto se derrocaban tronos y las coronas imperiales giraban en torbellinos como hojas secas zarandeadas por los vientos otoñales. La reina de Riseholme, más afortunada que el mismo zar de Rusia, no tenía necesidad ninguna de temer el furibundo veneno del bolchevismo, puesto que no había en toda la marmita, donde la cultura bullía tan placenteramente, ni una sola burbuja de fermento revolucionario. No había aquí ni pobreza ni descontento, ni una sola amenaza soterrada de sublevación. La señora Lucas, hacendosa y tranquila, trabajaba más que cualquiera de sus súbditos, y ejercía un control que era popular y dictatorial en la misma medida.

En cierto modo, fue plenamente consciente de dicha soberanía cuando dobló el último recodo abrasador del camino y tuvo ante sí la calle del pueblo que constituía su reino. En realidad, le pertenecía del mismo modo que los tesoros encontrados pertenecen a la Corona, puesto que había sido ella la primera en hacer que aquella remota villa isabelina se convirtiera

en la corte cultural que ahora era, levantada en el lugar donde tan sólo diez años antes una población de agricultores pastoreaba sus reses y sus ignorantes existencias hacia aquellas casitas campestres de piedra gris con vigas de madera y ladrillo. Antes de todo aquello, mientras su marido se dedicaba a amasar una fortuna —tan respetable por su cantidad como por su origen— en su despacho del Colegio de Abogados, Emmeline apenas había conseguido preservar un pequeño pero inmutable candil de cultura en Onslow Gardens. Pero tanto la ambición de Emmeline como la de su marido salieron a la luz y se manifestaron en los parnasos artísticos al quedar las necesidades materiales resueltas gracias a la ayuda de jugosas inversiones. Así que cuando se encontraron en posesión de suficientes miles de libras en fondos seguros, a Emmeline no le resultó complicado convencer a su marido de que adquiriera tres de aquellas casitas de campo de dos pisos que estaban adosadas en hilera, y, mediante una inteligente eliminación de tabiques y muros, transformó aquellas casuchas en un hogar de lo más confortable, añadiendo incluso, posteriormente, una nueva ala que se desplegaba en ángulo recto desde la parte trasera, la cual era, si cabe, un poquito más descaradamente isabelina que el tronco del que partía este injerto, puesto que en ésta se encontraba el célebre salón de fumar, con sus esterillas sobre el suelo, su aparador en el que descansaban jarras de peltre y, actuando como ventanas, unas vidrieras emplomadas de un cristal cuya vetustez se hacía patente en su opacidad a cualquier mirada. La estancia tenía además un enorme hogar abierto y enmarcado con

travesaños de roble, con un escaño a cada lado de la rejilla de la chimenea. Aunque en el resto de la casa se habían permitido la instalación de luz eléctrica, más que nada por comodidad, en esa estancia se había omitido tal concesión, y tan sólo unos candelabros en la pared sostenían unos tenues quinqués de hierro, de modo que sólo aquellos que disfrutaban de una vista más aguda eran capaces de leer allí una sola página. Pero incluso para estos, la lectura se convertía en una ardua tarea, puesto que en el atril que descansaba sobre la mesa no era posible encontrar más que volúmenes de diminutos caracteres enrevesados cuya fecha de publicación se remontaba, en los más modernos, a las primeras décadas del siglo XVII, así que uno tenía que sentir una fervorosa vocación por el mundo isabelino para encontrarse a gusto en aquel lugar. Sin embargo, la señora Lucas a menudo disfrutaba de sus particulares momentos de placer en esa estancia, tocando la espineta que se encontraba junto a la ventana o, como un arenque ahumado por culpa de la humareda procedente de la chimenea, intentando descifrar con ojos llorosos un Horacio de Elzevir<sup>[2]</sup>, bastante tardío como para poder incluirlo entre las piezas maestras de la biblioteca, pero sin duda una ganga.

La casa se encontraba a las afueras del pueblo, en el extremo más próximo a la estación; y así, cuando una vista panorámica de su reino se desplegó ante ella, apenas tuvo que hacer la concesión de unos pequeños pasos para entrar en él. Un seto de tejo, traído intacto de una granja cercana, y trasplantado con sus buenos cepellones y su tierra, y también con sus indignados caracoles en las raíces, separaba la calle y

la pequeña plazuela ajardinada de la casa propiamente dicha, y monstruosas sombras, originadas por el modo en que había sido podado, se proyectaban sobre el pequeño tapete de césped del interior. Sobre éste, tal y como era obviamente justo y necesario, no se podía encontrar ni una sola flor que no apareciera mencionada en alguna de las obras de Shakespeare: de hecho, aquel lugar era conocido como el Jardín de Shakespeare, y el parterre que se extendía bajo las ventanas del salón comedor era a su vez el arriate de Ofelia, pues sólo albergaba el tipo de flores que aquella afligida dama repartió entre sus amigos cuando en realidad debería haber estado en un manicomio<sup>[3]</sup>. La señora Lucas a menudo pensaba en la suerte que tenían en tiempos de la reina Isabel de que aún no existieran tales instituciones. Naturalmente, los pensamientos ocupaban un lugar de honor en la decoración (aunque había algunas armagas muy floridas), y la señora Lucas siempre lucía un pequeño ramillete cuando estaban en flor, para inspirar sus propios pensamientos, y los consideraba maravillosamente eficaces en este sentido. En torno al reloj de sol, que se encontraba en medio de uno de los cuadrados de hierba entre los cuales discurría un camino de losas quebradas que conducía a la puerta principal, había un arriate circular, ahora, en julio, tristemente vacío, pues sólo albergaba las flores primaverales que en su momento enumeró Perdita<sup>[4]</sup>. Todos los años, el primer día que en el arriate de Perdita florecían los primeros capullos constituía una fecha señalada y deliciosa, y la noticia de semejante floración corría como la pólvora por todo el reino de la señora Lucas, y a sus

súbditos les embargaba el júbilo, y se acercaban a celebrar la eclosión de las violetas o de los narcisos, o de lo que fuera.

Las tres casas de campo, trocadas de forma deslumbrante en The Hurst, ofrecían una fachada encantadoramente irregular y pintoresca. Dos de ellas se habían construido con la típica piedra gris de la región, y, en cambio, la del medio, hacia cuya puerta se dirigía el camino pavimentado, estaba hecha de ladrillo y vigas de madera. La iluminación de las estancias interiores se conseguía a través de ventanas de celosía con robustos parteluces, pero se habían añadido algunos vanos nuevos a los ventanales originales; un ojo avisado podría haberlos distinguido sin dificultad alguna, ya que su apariencia era notablemente más vetusta que la del resto. Asimismo, la puerta principal ofrecía un aspecto asombrosamente antiguo, aunque lo cierto era que la que se encontró allí la señora Lucas estaba demasiado deteriorada para que pudiera ofrecer el más mínimo servicio a la hora de mantener a raya el viento y la humedad. Así pues, había mandado construir una incluso más antigua, trabajada a partir de tablones de roble procedentes de un granero desvencijado, y la había tachonado con grandes clavos de hierro a los que el herrero del pueblo había dado un lustre antiguo. Algunos de ellos los había trabajado de tal modo que parecían haberse forjado en 1603, *annus Domini*. Sobre la puerta colgaba una escuadra de las que se solían utilizar para colgar carteles que avisaban de la presencia de una posada, y en el lugar donde antaño se habría balanceado el letrero ahora se había colocado un farol, en el cual, bien

oculta a la vista gracias a los cristales patinados del fanal en todas sus caras, se había instalado una bombilla eléctrica. Era ésta una de las obligadas concesiones a las comodidades modernas, puesto que de ningún quinqué de aceite se hubiera obtenido una luz que pudiera traspasar aquellos cristales prácticamente opacos y, al tiempo, iluminar el camino hasta la cancela de la calle. Mejor contar con luz eléctrica que obligar a los invitados a darse de bruces con el arriate de Perdita. A un lado de esta puerta, digna de una fortaleza, colgaba el pesado tirador de una campanilla de hierro, rematado con la figura de una sirena. El primer montaje de ésta se podría haber considerado todo un campanario, pues sólo un hombre extremadamente atlético que además usara ambas manos y se plantara firmemente con los pies en el suelo podría haber conseguido accionarlo y lograr, de ese modo, que la enorme campana de bronce se balanceara en el corredor de los criados, haciéndola sonar (si el atleta continuaba tirando) con vibraciones tan estruendosas que la escayola del techo habría comenzado a cuartearse y a derrumbarse sobre las cabezas de los presentes. Así pues, la señora Lucas, previendo el pequeño inconveniente de que pedazos de escayola pudieran desmoronarse sobre sus invitados en su periplo hacia el comedor, se había visto obligada a hacer otra concesión a las flaquezas de las actuales generaciones. Al final de la cola de la sirena había ocultado un pequeño botón de porcelana, pintado de negro y prácticamente invisible, de modo que el tirador de campana se había convertido por arte de birlibirloque en un timbre eléctrico. Así, las visitas podían anunciar

su llegada sin necesidad de realizar extenuantes ejercicios físicos, la sirena no perdía ni un ápice de su virginidad isabelina y el espíritu de Shakespeare continuaría vagando por su jardín sin verse atormentado por ningún anacronismo.

Aunque los padres de la señora Lucas le impusieron el nombre de Emmeline, no es de extrañar que los más íntimos y los más cercanos a sus inclinaciones siempre la llamaran Lucía, pronunciando el nombre, por supuesto, al estilo más puramente italiano (la Lucia, la esposa de Lucas), y fue así (Lucia mia!) como su marido le dio la bienvenida cuando la recibió a la puerta de The Hurst. Había estado avizorando su llegada junto a los cristales del salón mientras reflexionaba a propósito de uno de aquellos pequeños poemas en prosa que tan deleitosamente contribuían a la cultura de Riseholme; pues, aunque como ya se ha apuntado, tenía una especial capacidad para detectar lo obvio en los aspectos prácticos de la vida, también se abrían en su espíritu ventanas que miraban hacia paisajes vagos y etéreos que, lejos de esa obviedad, apenas resultaban inteligibles. En lo que respecta a la forma, aquellas odas eran del estilo verso blanco de Walt Whitman, pero su dulce delicadeza y sus contenidos no guardaban el más mínimo parecido con las obras de ese bardo asilvestrado, pues nadie pensaba en Walt Whitman sino como un americano vulgar y silvestre. Ya se habían publicado un par de volúmenes de esos poemas en prosa, por supuesto no en uno de esos desagradables establecimientos de Londres, que son como comercios, sino que se habían impreso en *Ye Signe of Ye Daffodille*<sup>[5]</sup>, en la misma plaza del pue-

blo, donde los tipos se colocaban a mano uno a uno, y eran diminutos, pero de la mejor clase. La imprenta sólo había comenzado a funcionar muy recientemente, y a expensas del señor Lucas. Pero en ese breve tiempo ya había llevado a cabo una reimpresión completa de los sonetos de Shakespeare, así como una edición de los poemas del propio patrocinador. Se habían impreso en una tipografía redondeada, sobre un papel amarillento y grueso, cuyos bordes parecían haber sido cortados por un lector impaciente con el dedo índice, de lo deshilachados que estaban, y habían sido encuadernados en vitela. Estas dos delicadas flores poéticas, tituladas Naufragios y Desperdicios, se habían impreso con portadilla en negrita, y las cubiertas estaban adornadas con una especie de sello repujado en relieve, y, por supuesto, se les habían colocado tapas de aspecto antiguo, de modo que cuando uno hubiera terminado con los Naufragios del señor Lucas y cogiera sus Desperdicios, relacionaría ambos títulos de modo indefectible.

Aquel no había sido un gran día para la prosa poética de Soledad, y Philip Lucas se alegró enormemente al oír el chasquido en la cancela del jardín; aquello significaba que su soledad concluía justo en ese momento. Levantando la mirada, vio la figura de su esposa saludándolo con la mano, presentándose ante él retorcida y nudosa a través de los retorcidos y nudosos cristales de la ventana del salón, aquellos que tanto tiempo había llevado reunir, pero que ahora reemplazaban en su totalidad aquellas láminas lisas, vulgares y transparentes que tenían antes. Se levantó de un brinco, con una presteza notable en una persona tan